

Prólogo

Es la primera vez que me enfrento al reto de escribir un libro, su génesis me ha llevado a reflexionar mucho sobre cómo debía de ser mi forma de escritura, sobre qué contenidos y qué tono debía emplear, y he llegado a la determinación de que lo primero y principal es hacer una declaración de principios o, más bien, una justificación de cómo y porqué estoy metido en este fregado.

Hace un tiempo un muy buen amigo me llamó para hablarme sobre un proyecto nuevo, una colección de divulgación sobre Historia e Historia del arte en una de las editoriales que todos los amantes de estas disciplinas tenemos en alta consideración por la calidad de los textos que publica. En esa llamada ese amigo me proponía que escribiera yo uno de los libros y, además, me indicó qué tema tenía pensado. Como él me conoce bien, sabía que, por un lado, le iba a decir que sí, pero además iba a acoger la oferta con entusiasmo, pues el tema es un verdadero caramelo. Hacer una Historia de los monumentos, pero hacerla en el mismo tono en el que divulgo en los blogs y en el que hablo en los vídeos de YouTube, no hacer un ejercicio de erudición excluyente y elitista, sino un trabajo de contextualizar –¡cómo me gusta a mí esa palabra!– cómo se han utilizado los monumentos públicos, las esculturas, para construir un discurso o una memoria colectiva, que siempre va a estar controlada por las mismas instituciones que hacen los encargos y cómo, en un momento dado, en varias épocas de la historia, esos monumentos estorban o se resignifican. El tema no me puede parecer más fascinante, porque me permite hablar de mucho, casi de todo, y eso en sí mismo también es un problema. Mi primer impulso fue ampliar el foco, no solo la escultura que corona el monumento, sino también sus pedestales; cómo se encumbra o se desploma a perso-

nalidades de estas plataformas pétreas es, en muchísimos casos, una buena metáfora de los cambios que se producen en las sociedades, por eso me seduce tanto el proyecto.

Evidentemente el amigo no es otro que el director de la colección, no estoy desvelando nada que no pueda ser desvelado. Tras hablar con él, lo hice con el editor: fue una llamada fantástica, yo iba camino de ir a dar clase y el subidón fue enorme. Recuerdo que me dio datos importantes que nunca supe que iban a ser tan necesarios y a los que en aquel momento no presté demasiada atención, como el número de palabras que constituyen un libro de este tipo –escribo este texto tratando todavía de recordar cuántas me dijo, espero llegar al número–.

Desde esas dos conversaciones me he dedicado a mirar cada monumento que me he cruzado y a categorizarlo y tratar de ver si encajaba en mi idea preliminar. También me he acercado a textos que tratan el tema, a algunos viejos conocidos y a otros nuevos, he tratado de estar más o menos al día de por dónde van los estudios en esos campos. Evidentemente no he podido leer todo lo que hay acerca de este fenómeno, tampoco pretendo hacer un estado de la cuestión del asunto, no es esa mi idea ni el encargo recibido.

Por todo esto me gustaría ir dejando varias cosas claras desde el principio, para no llevar a engaños y para ser sincero, porque al final todo artificio se destapa. Es necesario ser honestos y reconocer nuestras debilidades y fortalezas, porque evidentemente no podemos saber de todo, ni lo pretendemos, pero sí que podemos dotar al lector de claves para ver cómo hemos llegado a la visión de la Historia del arte en este libro.

De primeras yo no hubiera escrito este libro *motu proprio*, seguramente no se me hubiera ocurrido. Si alguien me hubiera pedido un tema para un libro de divulgación, seguramente habría tirado por hablar de lo que más conozco: el Barroco o la Iconografía. Por eso el reto de este trabajo me parece aún mejor. Una vez que recibí el encargo, empezó ese lento trabajo de ir pensando qué podía encajar dentro y qué no, siempre desde la perspectiva de que es un texto que pretende ser para muchos, no para la elite de la intelectualidad. Por eso tengo que empezar con este ejercicio de sinceridad, porque en la historia que tengo que trenzar para ir alojando momentos, ejemplos, contextos, y, a partir de esos mimbres, organizar un discurso que sea comprensible, ameno, pero también riguroso.

so y veraz, parto de mi propio contexto y no puedo ni quiero renunciar a él, pero siendo consciente de que hay que tenerlo presente.

Quiero decir que, en mis apreciaciones y en mi visión de la Historia del arte, vengo con una mochila ya cargada, la de ser hombre, blanco, europeo, nacido en la década de los setenta del siglo pasado, con una educación muy formalista y basada fundamentalmente en el arte occidental. Este contexto, mi formación universitaria y mi lugar de nacimiento y residencia van a influir, y mucho, en que mi discurso peque seguramente de cierto eurocentrismo, que los ejemplos que utilice se vayan circunscribiendo en muchas ocasiones a lo que yo conozco mejor, como son el periodo del Barroco y la ciudad de Madrid. Es lógico, pues muchos de los que nos dedicamos a esto de la divulgación seguimos esa máxima de que tienes que hablar de aquello que mejor conoces.

Mi bagaje en redes sociales y mi contacto con historiadoras e historiadores, así como mi oficio de docente, han hecho que tome conciencia de aspectos de cómo hacer Historia del arte que no se tenían en cuenta en mis años de estudiante y que ahora han tomado más protagonismo, permitiendo plantear nuevos enfoques a viejos problemas que están arrojando luz sobre contextos del pasado que también he querido tener en mi cabeza a la hora de afrontar este reto. No pretendo dar lecciones sesudas sobre historiografía, pero esta disciplina es fundamental para afrontar un reto como este. Para todos aquellos ajenos a ella, simplemente he de comentar que se denomina así a la manera de contar por escrito la Historia, es decir, a la metodología y la propia forma en la que las y los historiadores han registrado por escrito los hechos del pasado intentado dar una explicación. El trabajo de estos no se limita a investigar fuentes y buscar datos y hechos, sino que además tienen que narrarlos, crear un relato que dé sentido y permita comprender la labor de recopilación y sistematización de los datos obtenidos, la manera de contar, en qué nos fijamos y en qué no, es lo que llamamos corriente historiográfica.

La historiografía, evidentemente, ha ido evolucionando al mismo ritmo que las sociedades, de tal manera que no se escribe ahora como se hacía en el siglo XIX ni, evidentemente, como se hacía en la Edad Media. Esa evolución es importante porque ha ido variando el foco de atención según las épocas y nos ha permitido nuevas maneras de acercarnos al pasado. Es por ello por lo que la Historia

no se termina de construir nunca, pues cada generación la ve con los ojos de su época y varía su mirada hacia el pasado. La Historia se fijaba antes en los grandes nombres, también la Historia del arte comenzó como una suerte de sucesión de biografías de *genios*, luego las disciplinas se han ido fijando en otras cuestiones, como los sistemas económicos y el dominio de los medios de producción, las mentalidades, la historia de las sociedades y la microhistoria, de tal manera que según han evolucionado esas visiones, también ha cambiado nuestra manera de mirar y acercarnos al pasado.

Tener presente esos cambios es esencial y ser conscientes de ello ayuda a entender por qué parece que hay modas en la manera de contar los hechos del pasado. En mis años como divulgador en redes sociales siempre he intentado mantener cierta coherencia entre lo que hago y lo que pienso: ser honesto es necesario, aunque te lleve a situaciones, las menos de las veces, incómodas.

Este libro seguramente hubiera sido distinto si lo hubiera escrito hace diez años y, aunque tenga una intención de validez larga en el tiempo, no me voy a engañar, responde a este contexto que comento al principio. Dentro de unos años puede haber cambiado tanto el contexto que sirva como ejemplo de cómo se hacían las cosas en el primer tercio del siglo XXI, que sea un ejemplo de una corriente historiográfica. En estos años mis ideas también han ido cambiando, porque nos vamos adaptando a las nuevas preocupaciones y focos que van apareciendo en nuestra sociedad. Por ejemplo, mi pensamiento acerca de si hay que mantener o retirar ciertos monumentos dedicados a personas con un elemento oscuro en su biografía está todavía en construcción, no tengo un criterio claro y por el momento suelo resumirlo en la idea de conservar y contextualizar, pero entiendo que conservar no es sinónimo de exhibir y no siempre se conservan las cosas en las mejores condiciones para su salvaguarda. Estamos acostumbrados a ver las imágenes en los noticieros de vandalización o directamente destrucción de una efigie en el marco de protestas o revoluciones. Es así desde la propia Revolución francesa, por lo que es fácil entender lo simbólico y contundente del mensaje de derribar una estatua como metáfora de derrocar a un dictador o un sistema político que no es aceptado por su propia ciudadanía. Entiendo que eso pase y que, como historiador del arte, también lo pueda llegar a justificar por la poca tradición historiográfica de esa pieza, o por su «escaso valor artís-

tico» desde los ojos de mi construcción historiográfica europea y formalista. Pero a la vez me pregunto si, dentro de unos siglos, los futuros historiadores pensarán lo mismo o si lo verán como una muestra de barbarie y juzgarán nuestra época como oscura y falta de racionalidad. Con todo esto vengo a exponer que no es fácil tener un criterio claro cuando mezclamos tantos ingredientes en el cóctel y no quisiera yo pecar de integrista, ni mucho menos de proselitismo. Creo que el camino es dar contexto, dar conocimiento, y que cada uno con ello intente formar su propio criterio. Porque es importante que empecemos a dar más valor al conocimiento, en los asuntos artísticos, que al gusto, pues este siempre tendrá un alto componente subjetivo que poco tiene que ver con las realidades del pasado.

Por otro lado, no soy ajeno a que en gran medida los monumentos que hoy día podemos ver y muchos que no nos han llegado son fruto de un momento histórico interesante: el siglo XIX y la construcción del Estado liberal, que usa estas manifestaciones, al igual que usará la pintura de gran formato, para construir un relato del pasado que explique y justifique su presente, dejando fuera del mismo a muchas minorías y a todo lo que no encaje en su modelo. Pero también hay que ver cómo la crisis de este modelo ha dado lugar a otro tipo de manifestaciones en los años venideros y a cómo la cultura occidental ha exportado el modelo a otros ámbitos geográficos que han tomado el relevo en esa idea de la construcción de un relato cultural que explique situaciones, hegemonías o visiones de cada sociedad. Y ante estas manifestaciones me pregunto si debería seguir siendo la cultura occidental, el arte occidental, el rasero con el que medir todo este tipo de monumentos.

El arte es reflejo del momento, los valores que representa son los de la sociedad que ha encargado la obra. Pero, además, el objeto artístico, una vez realizado, tiene su propia vida, su propia trayectoria y una valoración cambiante por las sucesivas generaciones. La labor de los investigadores, estudiosos y docentes consiste en transmitir y difundir esos conocimientos. Durante demasiado tiempo hemos sufrido la dictadura del gusto, vienen condicionando nuestra visión del arte, sobre todo desde la Ilustración. Es de una banalización terrible, y creo que todos caemos en ella en alguna ocasión, juzgar una obra desde ese parámetro. Es restarle valor, porque se trata de concederle un valor sustentado en la subjetivi-

dad. Estamos tan sometidos a la dictadura del gusto que la falta de este, es decir el disgusto, es la única excusa necesaria para que se pueda iniciar un ataque destructor sobre los objetos artísticos, más si están en el espacio público.

Al final de lo que estamos tratando es de cómo hemos construido eso que se ha venido a llamar *memoria colectiva*, término controvertido pero que resulta útil para entendernos. La memoria es frágil y muy manipulable; la historia está llena de ejemplos de ello. Mi primer recuerdo de un acontecimiento histórico relevante, o por lo menos en aquellos momentos lo era, es el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. En aquel momento yo era un niño de cinco años, próximo a los seis, que vivía en un piso bajo de Getafe, ciudad del área metropolitana de Madrid, en un barrio obrero, con unas ventanas que daban a una vía de tren que partía la ciudad en dos. Yo soy uno de esos españoles que recuerda encender la tele ese día y ver la imagen del congreso vacía, con un teniente coronel de la Guardia Civil pistola en mano apuntar hacia el techo. Muchas personas recuerdan algo parecido y la verdad es que eso no sucedió nunca o, por lo menos, no sucedió así. Los militares golpistas habían ocupado la sede de Televisión Española en Prado del Rey y habían obligado a cortar la emisión. Es más, no se estaba retransmitiendo en directo las votaciones del Congreso, porque no tenía especial relevancia en ese momento, sino que se estaba grabando para luego montar las imágenes en los informativos. Las imágenes las pudimos ver todos varios días después, cuando el golpe había sido neutralizado; toda la información real y en directo del mismo se había retransmitido por radio, no por televisión. Sin embargo, muchísimos españoles recordamos ver esas imágenes y hemos construido el recuerdo, falso, de cómo vivimos ese día. La memoria, a veces, es así, y por eso hay que tener cuidado tanto con ella como con todo aquello con lo que construimos nuestro relato como sociedad. Los monumentos públicos que podemos ver en ocasiones nos remiten al pasado, pero en otras es una figura ignorada que no nos dice mucho: depende del papel que haya tenido en nuestro relato, del peso que le hayan dado en los discursos y en las narraciones de nuestro pasado; por eso se siguen levantando y por eso a veces levantan ampollas. Frente a todo el ruido que suele acompañar a estos momentos, lo mejor es buscar el conocimiento y el contexto. Suelen ser herramientas útiles para entender

y poder juzgar esa memoria colectiva que se construye con los personajes que subimos a –y bajamos de– pedestales, con los que se nos siguen removiendo las entrañas y con los que son simplemente un decorado más de nuestro transitar por la ciudad.

Le he dedicado muchos ratos a pensar qué cabía dentro de este libro y qué se esperaba que hubiera en él. Al no ser un tema concreto, empecé a apuntar en una nota del móvil, todos aquellos sucesos relacionados con esculturas y monumentos que se venían a mi cabeza cada vez que pensaba en el libro. Al final me quedó una lista un poco curiosa, llena de referencias vagas a sucesos como derrocamientos, vandalizaciones, destrucciones o éxitos y fracasos de este o aquel monumento y su porqué. Como soy hijo de mi tiempo y de mis circunstancias, y estas últimas pasan por mi labor de apoyo al trabajo de mis queridos compañeros, Miguel Ángel Cagijal, *El Barroquista*, o Sara Rubayo, *La Gata Verde*, pensaba en que debía intentar no excluir, por lo menos de manera consciente, la labor de mujeres en este campo. Quería que, como la Historia del arte de mi compañera Sara, fuera paritaria y no excluyera a nadie, pero además quería que eso sucediera de forma natural. Realmente me he encontrado, para mi sorpresa, con muchas más obras salidas de la creatividad de las escultoras de las que en un principio me esperaba y algunos de los ejemplos cumplen a la perfección su función, porque están dentro de la diana de las ideas que quiero tratar en el relato del libro. Por eso he ido organizando el relato en una serie de capítulos, que van abordando bloques temáticos, no estrictamente cronológicos. Pero los contenidos de los distintos bloques se van enredando, como si fueran conexiones neuronales, de tal forma que de algunos ejemplos hablo en varios sitios, porque conectaban diferentes cuestiones importantes para mí. En esa especie de acumulación de ejemplos para hablar de bloques de contenido, he tratado de ser ordenado y contarlo cronológicamente, ya que para mí es importante agarrar ese referente que es el tiempo, para no perdernos por el camino.

A la hora de plantear un capítulo exclusivo para las mujeres artistas, dudé mucho, porque, como acabo de mencionar, he tratado de llevar ejemplos de mujeres en todo el desarrollo de los bloques, sin forzar, pero sin excluir. Hacer un capítulo aparte me generaba dudas, porque no quiero que las mujeres artistas sean un anexo en la Historia del arte, sino que queden integradas en el re-

lato, tal como ocurrió en su momento. Ahora que he visto el resultado final de ese capítulo, he de decir, que no me arrepiento nada de haberlo dejado así, porque es seguramente del que más he aprendido y, como docente que soy, aprender es siempre uno de los objetivos, también al enseñar.

Por otro lado, quiero dejar también de manera clara, que en principio y sin ningún tipo de ambigüedad estoy en contra de ejercer la violencia, también si esta es ejercida contra un objeto y sobre todo si ocasiona la destrucción de este. Para algunos la violencia puede venir justificada por una lucha para lograr un ideal o para obtener un cambio. En mi opinión la violencia no debería ser nunca el camino. Como historiador del arte soy consciente de que esta disciplina nos ha enseñado que no estudiamos lo mejor que se hizo, sino lo que nos ha llegado. No conocemos ningún original griego, sino copias romanas. No sabemos cómo pintaban Zeusis, Apeles o Parrasio. ¿Y si al destruir esculturas no dejamos obras de esos periodos para las generaciones futuras? ¿Y si por dejarnos llevar por un acto violento, que no va a cambiar nada, privamos a los que nos han de suceder de conocer mejor los contextos del pasado?

En cualquier caso, mi intención es que sea un texto entendible y que juntos viajemos por una historia apasionante, la historia de cómo se gestan las listas de grandes personalidades que merecen subir a un pedestal o cómo se les derriba de ellos. Es la historia de cómo se construye la memoria colectiva, concepto que parece que no gusta mucho a todos, pero que creo que define bien esa intención por parte de quien erige los pedestales y trata de justificarlos. Como muestra de ello, simplemente buscad cualquier listado de los personajes más importantes de la historia y comprobaréis que este va a ir cambiando, dependiendo de la época en que se creó, acomodándose en cada momento a las visiones de la sociedad contemporánea a su realización, que mira hacia atrás de manera diferente a como se hacía en el pasado o se hará más adelante en el tiempo.

Yo por mi parte me comprometo a seguir siendo honesto y a emprender contigo, lector, este viaje apasionante que espero que nos lleve por senderos que aporten luz a esta otra historia de las mentalidades y la culturas, aquella que decide a quién debemos honrar memoria y quién merece ser bajado del pedestal.